

Subjetividad, transmisión y género**

Ella se pone cada vez más triste y para un hombre no hay un bálsamo más bienhechor que la tristeza que ha suscitado en una mujer.

Milan Kundera: *La Lentitud*

¿Deseará que la admiren? Sí, pero ella, (Julie) sólo lo desea para complacer a Vincent. Quiere que un público desconocido e invisible la aplauda para que la ame el hombre al que ha elegido para esa noche y, ¿quién sabe?, para muchas otras más.

Ibidem

Los diferentes discursos literarios constituyen un extraordinario medio por el que se transmiten no sólo las representaciones arquetípicas de las relaciones entre los sexos, sino también un amplísimo conjunto de elementos que constituyen el gran LOGOS. De este modo, la ficción actúa como espejo y vehículo de las ideologías inscribiéndose en los diferentes contextos sociales, políticos y culturales como creaciones enteramente autónomas que funcionan a modo de realidad.

Así, en muchas obras literarias subyace a la representación que se hace de la mujer y sus espacios, la dominación que, en la sociedad patriarcal, se ejerce sobre ella, alimentando mitos que plasman los fantasmas, el imaginario masculino sobre las relaciones entre los sexos que sobreviven en las tradiciones, mentalidades y producciones discursivas. En este sentido, los varones han construido el significado de las imágenes que delimitan el lugar de las mujeres en el mundo, –i.e. su subjetividad y destino social– conformando el imaginario femenino al servicio de las estructuras patriarcales. Además, al ser tan sutil su interiorización se dificulta la toma de conciencia por lo que a las mujeres se les hace difícil resistirse a ello, en todo el complejo proceso de configuración de lo imaginario y lo simbólico.

Ahora bien, desde siempre algunas mujeres –aunque pocas– han intentado contribuir a la elaboración de discursos acerca de sí mismas, esforzándose por dar un significado a las representaciones literarias y sociales, pero la mayoría de las veces éstos no han sido visibilizados. Pienso, de acuerdo con Ana Brawer

* Profesora de Psicología de la Universidad de Valencia.

** Este trabajo forma parte del proyecto de investigación «La conceptualización del sujeto desde la crítica feminista: una aproximación filosófica, psicológica e histórica», subvencionado por el Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales.

(1990), que esa invisibilidad se ha debido, en gran parte, a que esas otras miradas, las miradas de las mujeres –por tanto diferentes y heréticas respecto al orden del discurso–, legitimaban un sentir propio y distinto del orden dominante. Así, por lo general, cuando la mujer toma la palabra, esa palabra es rebelde, derivándose de ello un cuestionamiento del orden y de la naturaleza, i.e. se rebela contra el orden simbólico. Y no olvidemos el papel relevante que juega la madre en este orden, papel para el que hemos estado y seguimos estando socializadas las mujeres.

Para dar cuenta de la construcción de la realidad social –la socialización, la subjetividad– tanto desde las distintas teorías como desde la cultura popular, frecuentemente se recogen y justifican descripciones idealizadas de las relaciones entre los sexos, en las que algunas propiedades supuestamente ‘esenciales’ de las diferencias entre varones y mujeres, estructuran distintos dominios de las experiencias sociales, habiendo un fuerte consenso sobre los arquetipos de género. Así, hacer género significa crear disimilitudes entre niños y niñas de tal modo que una vez construidas, éstas son utilizadas para reforzar la ilusión de la esencialidad del género. Como postula Tajfel, es establecer procesos de categorización social que comportan sistemas de orientación que, a su vez, crean y definen las posiciones de una persona en la sociedad, influyendo en el desarrollo de fenómenos molares como son: la cosmovisión, los estilos de vida, el autoconcepto, etc.

De este modo, la anatomía se convierte para las mujeres en un destino inexorable, ya que el incontestable hecho biológico de sus capacidades reproductivas se convierte en básico para el desarrollo de sus posibilidades de acción personal. En suma, un hecho biológico actúa como origen y explicación de las diferencias de género produciéndose una reducción al orden biológico que justifica la necesidad de un cierto orden social.

CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD Y DESARROLLO

Por lo general, se admite que los acontecimientos de la vida cotidiana, las informaciones que se reciben, las relaciones que se establecen, las expectativas e intereses que se crean, se presentan con un cierto grado de ambigüedad. Tal ambigüedad favorece que cada persona elabore su propia visión del mundo. Ahora bien, no se puede pensar que esta elaboración constituya un proceso meramente individual, puesto que todo sujeto está incardinado en un amplio y complejo entramado en el que diferentes órdenes actúan. En primer lugar, es básico el papel de la familia en la transmisión de los procesos fundamentales del desarrollo psíquico. Del mismo modo, la pertenencia a diferentes grupos sociales y étnicos –que en ocasiones constituyen minorías– incide en la elaboración de la propia realidad social, favoreciendo que sus miembros compartan sistemas de pensamiento y representaciones. Esto es, será en la encrucijada de

lo social y lo psíquico donde se instale el sujeto, donde se simbolice. Pero, ¿qué es lo que atraviesa la aprehensión de lo cotidiano, de lo normativo?, y ¿qué lugar ocupa en este devenir el sistema sexo/género?

Por un lado, desde tesis antropológicas, se incide en aquellos aspectos de la evolución que han determinado la relación de cada persona con el mundo y consigo misma, intentando explicar las implicaciones que el determinismo biológico ha tenido como articulador del mantenimiento de la mujer en un orden de la naturaleza, en el interior de un orden que ha superado esta fase para convertirse en simbólico.

Como plantea Lorite Mena (1987) aceptamos que el factor casual de este desorden fue un ejercicio de poder articulado en torno a la maduración de tres procesos fundamentales: instrumentalización, aparición del lenguaje articulado y sexuación de las relaciones interpersonales. Lo fundamental de este nuevo orden simbólico, que permite sustituir la lógica biológica por una lógica objetival (instrumental, lingüística, sexual, económica, familiar), es que con él no sólo se ve el mundo, sino que, y sobre todo, se interpreta, estableciendo un 'hacer mundo' inexistente hasta entonces. El varón, al interpretar el mundo, contribuye a su configuración estableciendo paradigmas. Y uno de ellos será la mujer.

De este modo, el dimorfismo sexual se estructura en una a-simetría social crucial para la cuestión que nos ocupa: el poder y la ausencia de poder. Esta distinción, inicialmente biológica, al ser elaborada y justificada culturalmente, delimitará de manera drástica el ser y el no-ser de la mujer: un orden de signos y no de símbolos. Por lo que esta diferenciación genérica de roles hará posible que el varón herede el poder del macho y, desde él, al entrar en el orden simbólico, dote al mundo de significados, atribuyéndoles valor a los aspectos más importantes para él e infravalorando aquellos que no lo son.

Con ello, el varón configura una realidad a su medida, en la que la mujer no tiene valor por sí misma (en cuanto a diferente del varón), sino en cuanto a su relación respecto a él. La mujer adquiere vida y valor en tanto es 'mirada' por el hombre. Su existencia tiene significado en cuanto signo integrado en el orden simbólico del varón. Orden en el que la aparición de un mundo objetival, de significados, además de su utilidad operativa, modela, marca y categoriza la sensibilidad de la persona, originando su espacio re-presentativo individual y social.

Esto explica por qué la aparición de un orden simbólico –historizarse como genérico con realidad propia– hizo que el varón 'superara' el orden biológico en todas sus relaciones, pero mantuviera la estructura biológica de las relaciones macho-hembra a lo largo de la historia de las relaciones varón-mujer.

Así, la mujer aparece como plena: es signo social, sólo como transmisora a los hijos e hijas de la visión del mundo de los varones; es signo sexual, sólo como reproductora y objeto de placer del varón; es propiedad privada, como signo de poder del hombre y de su capacidad de transmitirlo; es signo de imperfección por su diferencia con el varón.

En síntesis, incluso actualmente, a pesar de los cambios sociohistóricos, la estructura de las relaciones entre los sexos perpetúa una relación arquetípica. De ahí que, como postula Lorite Mena, sea necesario que las mujeres creen un mundo de significados propio para simbolizarse fuera del orden patriarcal.

Por otro lado, diversas teorías psicológicas pretenden dar cuenta del proceso de identidad de género. De entre ellas, queremos destacar la socio-cognitiva y la psicoanalítica. Ambas, a través de sus argumentaciones, justifican el seguir haciendo género –sin trascenderlo– como elemento integrador en el desarrollo del proceso de socialización, enfatizando la influencia del lenguaje –articulador psíquico– puesto que éste es reflejo del sistema de pensamiento colectivo.

Así, las dos teorías plantean el hecho de tener adquirida la identidad sexual como posibilitante de la adscripción de creencias relativas a la asignación de género, al tiempo que destacan la función de las figuras parentales en este proceso.

Condensando al máximo estas teorías, podemos afirmar que para Kohlberg es básica la elaboración cognitiva en la socialización de los roles sexuales, mientras que para Freud, lo es la resolución edípica.

Pero, ¿cómo explican ambos la subjetividad femenina, el lugar de subordinación social de las mujeres? Como veremos, las dos argumentaciones muestran una fuerte impregnación ideológica.

Considero que el complejo desarrollo evolutivo del individuo se conforma a través de un proceso dialéctico en el que la tensión entre estadios de estabilidad y de crisis es continua, observándose una íntima relación entre desarrollo cognitivo y evolución del juicio moral, ya que ambos discurren desde estadios concretos y heterónomos hacia niveles de mayor abstracción, universalidad y autonomía. Si bien el desarrollo de los estadios superiores está ligado a las oportunidades que cada persona tenga para asumir diferentes roles en la vida social.

Este tránsito justifica que, desde una perspectiva genética, se enfatice la función estructurante que, en la elaboración que hacen niñas y niños de su propia realidad social, tiene cada uno de estos periodos o estadios. No obstante, como el propio Piaget plantea, ni todas las personas alcanzan el nivel óptimo del desarrollo cognitivo –pensamiento formal–, ni se justifica la no trascendencia genérica de los diferentes estadios, ya que éstos son meros reorganizadores secuenciales por lo que en la adultez deben poder trascenderse. Así, los desarrollos cognitivos, de identidad de género y del juicio moral –que conforman la subjetividad– se dan simultáneamente y aún cuando un elevado razonamiento lógico es condición necesaria para el desarrollo moral, no es suficiente, ya que será básico para el desarrollo de la personalidad el comportamiento moral.

En este sentido, Kohlberg (1966) vincula el desarrollo cognitivo y moral de niñas y niños con la organización que éstos hacen de las percepciones y saberes relativos al rol sexual, por lo que tanto el desarrollo de las definiciones estables de los conceptos físicos –las constantes conceptuales–, la invarianza de los objetos, como los distintos niveles de la conciencia moral –entendida como parte

del desarrollo de la personalidad, determinante de la identidad del yo— favorecen la adquisición del sistema sexo/género. Sistema relativamente irreversible que mantiene universalidad transcultural y transhistórica, siendo, como señala Benhabib (1987), «una constitución simbólica e interpretación socio-histórica de las diferencias anatómicas de los sexos [...], la red mediante la cual el *self* desarrolla una identidad incardinada, determinada forma de estar en el propio cuerpo y de vivir el cuerpo. El *self* deviene yo al tomar de la comunidad humana un modo de experimentar la identidad corporal psíquica, social y simbólicamente. Así, el sistema género/sexo es la red mediante la cual las sociedades y culturas reproducen a los individuos incardinados» (p. 125).

Ahora bien, en la identidad del yo se da la paradoja de que el yo en cuanto persona (público), es igual a todas las otras personas, pero en tanto individuo (privado), es esencialmente diferente al resto de los individuos. Así, si aceptamos por identidad del yo la competencia de un sujeto —capaz de lenguaje y acción— para dar respuesta ante determinadas exigencias y situaciones de manera consistente, nos encontramos con que esta identidad se genera en el proceso de socialización, permitiendo a la persona, en un primer momento, integrarse en un sistema social determinado, para apropiarse de generalidades simbólicas, y posteriormente, a través de un proceso de individuación llegar a establecer una creciente independencia con respecto a los sistemas sociales.

Kohlberg al establecer los diferentes niveles del desarrollo moral postulaba que en el estadio del pensamiento preoperatorio, aproximadamente entre 3 y 5 años, el pensamiento simbólico relevante está integrado por expectativas comportamentales derivadas de normas prescritas consideradas buenas/malas, justas/injustas que enseñan a valorar positiva o negativamente determinadas situaciones, favoreciendo la aprehensión de pautas intelectivas, actitudinales, simbólicas, emocionales, etc. que potencian el desarrollo de ciertas habilidades en función del sexo del infante. Hasta aproximadamente los 7-9 años, los juicios morales se apoyan en criterios externos interpretables bien a título de sanciones o gratificaciones, bien en función del poder de quien los emite, por lo que las normas y expectativas sociales son algo externo al *self* —articulador de los personal y lo social— y sólo a finales del estadio preconventional se consideran los intereses de los otros, de los semejantes.

En el estadio del pensamiento operacional se adquiere todo un sistema de normas que permite comprender y cumplir expectativas reflexivas de comportamiento. En este nivel constitucional hay una orientación hacia la autoridad, las normas fijas y el mantenimiento del orden hegemónico —el patriarcal—, desarrollándose una moralidad concreta vinculada a un sistema de normas interiorizado. Esto posibilita análisis en los que se tiene en consideración el sistema social, se da entre los 7-9 y los 15 años aproximadamente.

Finalmente, y en función de haber alcanzado un nivel lógico suficiente para desarrollar un pensamiento formal, la persona adquiere el nivel post-convencio-

nal, autónomo, que implica definir valores y principios morales válidos y aplicables con independencia de los grupos y personas que los detentan y de su identificación con estos grupos. Como en los estadios precedentes, en este nivel se observan dos grados de estructuración simbólica de los motivos de la acción. Aunque en ambos el sujeto se ha comprometido con unos principios morales detentados por la sociedad, la diferencia radica en que en el nivel 5, contextualismo postconvencional, la persona difícilmente puede definir una perspectiva moral sino evaluando la acción en función de los derechos y valores de cada sujeto. Por el contrario, en el nivel superior, formalismo postconvencional, la persona se apoya en principios ético-universales, puesto que el fundamento de la sociedad democrática es el derecho de cada uno a la igual consideración de sus demandas en cualquier situación. Como señala Habermas (1976), a través de todos estos niveles, los actores y sus necesidades se van introduciendo en el universo de los símbolos.

Pero, ¿en qué lugar queda la experiencia de las mujeres en la definición de autonomía moral del otro generalizado? Como manifiestan Murphy y Gilligan, la teoría del desarrollo moral de Kohlberg sólo es válida para analizar el desarrollo de un aspecto de la orientación moral centrada en la ética de la justicia y los derechos, ya que son éstos los evaluados en la escala de Kohlberg. La ética del cuidado y la responsabilidad, y la lógica de la elección, más desarrolladas en las mujeres, quedan fuera de esta escala, ya que el desarrollo moral de las mujeres comporta juicios contextualizados que ponen en juego detalles de las relaciones y las narrativas.

Igualmente, Benhabib considera necesario superar una moral de dominio y una autonomía moral que conducen a una privatización de la experiencia de las mujeres. Señala, asimismo, que una teoría moral universalista, desde el punto de vista del formalismo postconvencional, que funda la relación con el otro en normas de igualdad formal y reciprocidad, aprehendidas, básicamente, a través de experiencias de participación, responsabilidad y adopción de roles en las instituciones secundarias de la sociedad, de las que la mayor parte de las mujeres han estado –e incluso están– excluidas, necesariamente es parcial.

Estos argumentos le permiten a Benhabib poner de manifiesto la necesidad de articular una teoría moral adecuada a las modernas sociedades complejas, que contemple tanto aspectos universalistas de la idea de imparcialidad como del punto de vista ético. En este sentido, afirma:

«En una teoría moral el universalismo opera al nivel de especificar qué formas de justificación son aceptables para los principios, los juicios y las máximas morales. ‘Universalismo’ en el ámbito de lo moral quiere decir, en primer lugar, un compromiso con el igual valor y dignidad de todo ser humano en virtud de su humanidad misma; en segundo lugar, la dignidad de la otra persona como individuo moral se reconoce por el respeto que mostramos a sus necesidades, intereses y puntos de vista en nuestras deliberaciones morales concretas. Y ese respeto moral se manifiesta en las deliberaciones morales teniendo en cuenta el

punto de vista de la otra como una otra concreta; en tercer lugar, el universalismo implica un compromiso de aceptar como válidas las normas intersubjetivas y las reglas de acción tal como se generan en los discursos prácticos.

La filosofía moral moderna, y en concreto las teorías universalistas o de justicia, han acentuado nuestro valor como personas morales a costa del olvido y represión de nuestra vulnerabilidad y dependencia como seres corporales. Tales redes de dependencia y el tejido de los asuntos sociales en el que nos hallamos inmersos [...] son lazos que nos vinculan, lazos que modelan nuestras necesidades morales, nuestras identidades y nuestras concepciones de lo que es la vida buena. El yo autónomo no es un yo desencarnado y la filosofía moral universalista debiera reconocer esa honda experiencia de la formación del ser humano a la que se corresponden el cuidado y la justicia» (Benhabib, 1992, pp. 45 y ss.).

Desde una perspectiva socio-cognitiva Lorenzi-Cioldi (1987) denuncia la parcialidad y androcentrismo que subyace a conceptos como 'identidad' y 'unicidad de yo' ya que ambos mantienen una oposición radical entre lo personal y lo social. Asimismo, legitiman la relación entre grupos dominantes y dominados, en particular al hacer referencia a las relaciones intersexuales, ya que el concepto identidad del yo se encuentra más próximo a la representación de lo masculino. Además, la construcción de ambos términos no puede desligarse de la presión de los modelos sociales determinados por relaciones sociales asimétricas.

En la construcción de la 'identidad' interviene tanto la relación que la persona establece con otros miembros de su grupo como la relación de su grupo dominante o dominado con otros grupos. Del mismo modo, la identidad debe entenderse como expresión de dinámicas de origen interno y externo al sujeto por lo que debe posibilitarse una mejor articulación entre los componentes singulares del yo y colectivos de la identidad. En este sentido, para desvelar posiciones de subordinación social es necesario que metodológicamente se establezca la división entre grupos colección y grupos agregado. El grupo dominante será más bien una colección de individualidades teniendo cada una su propia unicidad, especificidad, presentando cualidades personales, aparentemente extracategoriales y propiedades idiosincráticas. Su identidad será autónoma, interna, legítima e indiferente a la presión del grupo (i.e. lo que Celia Amorós define como espacio de iguales). Por el contrario, el grupo dominado estará constituido por una mezcla de sujetos relativamente indiferenciados, lo que favorece elaborar su identidad alrededor de propiedades colectivas definitorias del grupo y vinculadas a heteronomía, externalidad, indiferenciación, etc. (i.e. el espacio de idénticas, según Celia Amorós). Como se ha expuesto con antelación, la pertenencia a un grupo se elabora en una relación asimétrica que une el grupo a otros grupos, constituyendo los fundamentos de la identificación colectiva de los individuos. De este modo, los hombres –como genérico– pertenecen a los grupos dominantes y colección, mientras que las mujeres –también como genérico– pertenecemos a los grupos dominados y agregado.

Es evidente que tanto las propuestas de Lorenzi-Cioldi como las de Benhabib sitúan al mismo nivel integrándolo, lo personal y lo social, al tiempo que desvelan el sesgo androcéntrico sobre el que se asienta el orden social. Benhabib ante la constante dualidad personal-social, público-privado, defiende que la validez de las normas morales viene dada por el solo procedimiento discursivo. Sin embargo, actualmente, incluso en el hiperdesarrollado mundo occidental la posición de género –garante de dualidad– actúa como eje vertebrador en el mantenimiento de las relaciones de poder. El efecto estigmatizador del estereotipo sexual es tal que, el desarrollo de las potencialidades en las mujeres –de su subjetividad– depende, casi exclusivamente de la valoración que de ellas se hace, en cada momento histórico, desde el complejo entramado jerárquico que conforme el orden patriarcal. De este modo Kohlberg al vincular desarrollo moral e identidad de género sobredimensiona la maternidad como espacio vehiculador de la bondad en las niñas.

Por su parte, la teoría psicoanalítica pone de manifiesto que, aun cuando el complejo nudo de relaciones que constituye la articulación edípica se da en niños y niñas, esta articulación del deseo es diferente, ya que los desarrollos sexuales de ambos ni son paralelos ni son simétricos. Asimismo, el destino diferencial de niños y niñas es susceptible a la normativa que, en tanto género y orientación sexual, tengan sus padres. Éstos construirán, desde su propio orden simbólico e imaginario, la masculinidad y/o feminidad que, según ellos, le correspondería a cada cuerpo sexuado.

Ahora bien, si aceptamos que las emociones están en íntima relación con las sensaciones corporales, la madre nodriza, sobre todo en la primera infancia actuará satisfaciendo las necesidades del cuerpo del bebé, erogenizándolo con el bienestar que le aportan sus cuidados, y favoreciendo con la percepción de su imagen especular la búsqueda de la unidad afectiva, de la identidad del bebé. En esta fase del desarrollo, se organiza la estructura narcisista del yo que comprende, no sólo la catexia de la libido sobre el propio cuerpo, sino que, como propone Lacan, afecta a su estructura mental aunque, la percepción de la 'imago' del doble aún no sea suficiente para superar el desplazamiento del bebé.

A esto, según tesis freudianas, hay que añadir que en un primer momento del desarrollo, el sujeto infantil se plantea la premisa universal del pene; premisa que, por pura confrontación con la diferencia anatómica de los sexos, instaura el complejo de castración. A esto Freud le llama 'envidia del pene' en la mujer y 'amenaza de castración en el varón'. Ahora bien, no hay que olvidar que el pene aparece como metáfora del falo, entendido como fantasía de completud, y que, desde tesis lacanistas, el desarrollo de la sexualidad de la madre es básico en el análisis de la articulación edípica.

De esta encrucijada, pues, partirán los caminos diferenciales en la resolución edípica, en la que, a través de la identificación, niños y niñas se irán apropiando de todos los emblemas 'convenientes', determinando así un espacio del orden

del 'tener'. De este modo, el sujeto humano lo es, en el orden simbólico. En el caso de la niña, la decepción fálica la introduce en el complejo de Edipo, debiendo realizar un doble cambio; de una parte, de zona erógena, y, de otra, de objeto. Estos cambios van a permitir a la niña establecer la ecuación simbólica niño=falo. El propio Freud dice:

«Si deseamos comprender como una muchacha se convierte en mujer, debemos seguir las vicisitudes posteriores de la excitación del clítoris. Así, en la fase fálica de la niña es el clítoris la zona erógena directiva, pero no con carácter de permanencia, pues, con el viraje hacia la feminidad, el clítoris debe ceder, total o parcialmente, su sensibilidad y con ella su significado a la vagina» (Freud, 1933-35, pp. 3167-68).

Tomas Laqueur en su libro *Making Sex* al analizar la influencia que, entre otras, tuvo la teoría freudiana en la construcción social del sexo, pone de manifiesto la paradoja que representa ésta ya que Freud en muchos sentidos fue un hombre de la ilustración, heredero de su modelo de diferencia sexual, lo que le llevó a afirmar el valor de la anatomía como destino, pero al mismo tiempo será él, más que ningún otro autor, el que posibilite que se derrumbe este modelo al afirmar: «la libido no conoce el sexo».

No obstante, y cito textualmente a Laqueur:

«No hay ninguna prueba anatómica o filosófica que permita a Freud afirmar que 'la estimulación de la sensibilidad erógena' ha sido transferida con éxito 'desde el clítoris al orificio vaginal'. La abundancia de terminaciones nerviosas especializadas en el clítoris y el empobrecimiento relativo en la vagina, habían sido demostradas medio siglo antes de que Freud escribiera y eran conocidas en términos generales desde hacía cientos de años [...] Las autoridades académicas europeas se mostraban unánimes al afirmar que el placer sexual femenino se originaba en las estructuras de la vulva en general, y más concretamente en el clítoris [...] El saber médico disponible en cualquier manual del siglo XIX convierte la obra de Freud en un rompecabezas, si se interpreta como un relato de índole biológica» (pp. 401-403).

Posiblemente la respuesta a este rompecabezas radique en que la aportación freudiana debe entenderse metafóricamente, como un relato cultural con ropajes anatómicos. Volvamos a Laqueur «el cuento del clítoris es una parábola cultural que explica cómo se forja el cuerpo para obtener una forma válida para la civilización, a pesar de sí mismo, y no por su causa» (p. 402).

De este modo, en la organización que Freud hace de las relaciones entre los sexos plasma las lógicas del patriarcado, por lo que la palabra mujer apela no tanto al sexo natural como al género teatral. i.e., a los roles socialmente establecidos.

Como es bien sabido, Maria Bonaparte y Nancy Chodorow, cuestionaron el desplazamiento de zona erógena y el desarrollo de los géneros freudiano. No obstante, como plantea Emilce Dio, la identidad de género femenino se facilita puesto que el otro especular –la madre– es su doble. Pero, hay que destacar que la castra-

ción orienta y normativiza el deseo sexual, afectando al ideal femenino secundario. La castración produce inversiones de la valoración narcisizante de la madre, castrada simbólicamente. Por ello, la niña debe pasar de un sistema narcisista valorizado, en tanto ideal, a reconstruir su sistema narcisista de ideales de género con una feminidad que oriente tanto su rol de género como su deseo sexual.

En esta reconstrucción, el superponer y confundir feminidad con sexualidad femenina favorece interpretar la histeria como una inmadurez sexual adscrita a las mujeres y no como un trastorno narcisista de la feminidad. Emilce Dio, en su libro *El feminismo espontáneo de la histeria*, reanaliza este concepto, abogando por establecer una clara distinción conceptual entre sexualidad femenina y feminidad. De este modo, el falo aparece como signifiante de los valores e ideales culturales y es esta instancia, en tanto orden simbólico, la que define y tipifica qué es una mujer y qué es un hombre en cada momento histórico. En este sentido, las histerias pueden ser interpretadas como subvertidoras del desorden de la feminidad.

A modo de síntesis, quisiera destacar la impregnación ideológica que se vehicula en las teorías psicológicas descritas, participantes del complejo proceso de construcción social del género. Como modelos explicativos de la individualidad, justifican el ajuste al orden simbólico establecido, en tanto condición necesaria para el desarrollo del individuo, considerando todo cuestionamiento a ese orden como un déficit en el desarrollo.

Además, si aceptamos que por medio de la socialización (proceso organizador del aparato psíquico) la persona articula deseos, valores, creencias, establece vínculos, se reconoce a través de la mirada de los otros; en síntesis, reconoce su propia subjetividad y existencia. Y si, además aceptamos, como propone Sáez (1993), que la socialización comprende toda la constante, minuciosa y compleja relación interactiva por medio de la cual resultamos consciente e inconscientemente entrenados para vivir en sociedad, actuando en su momento, como agentes socializadores. Y si finalmente admitimos, que el contenido de los roles de género se internacionaliza, en gran medida, en la dirección del estereotipo, será necesario partir de la teoría feminista para deconstruir el simulacro cultural en el que la mujer está atrapada. Por ello, reducir el género a un conjunto de rasgos psicológicos –constitutivos del *self*– es, al menos, parcial, puesto que al considerar el género como un rol, se hace difícil evaluar su influencia sobre otros roles, reduciendo así su utilidad explicativa en las discusiones sobre poder y desigualdad. Además, los roles son identidades delimitadas, asumidas o excluidas en función de las demandas de la situación, más que identidades de dominio (categoría de sexo, etnia) que atraviesan situaciones. A diferencia de otros roles, el de género no tiene un contexto organizacional, de ahí que sea necesaria la reconceptualización de varones y mujeres como grupos distintos constituidos en relaciones psicosociales concretas, históricamente cambiantes, pero, hasta ahora, lamentablemente siempre asimétricas.

BIBLIOGRAFÍA

- Benhabib, S. (1990), «El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg-Gilligan y la teoría feminista», en S. Benhabib y D. Cornella, *Teoría feminista y teoría crítica*, Alfons el Magnànim, Valencia. Ed. inglesa, 1987.
- Brawer, A. (1990), «Virginia Wolff: de la ventana y del enigma», en G. Colaizzi (ed.) *Feminismo y teoría del discurso*, Cátedra, Madrid.
- Freud, S. (v.a.), *Obras completas*. Amorrortu editores.
- Habermas, J. (1981), *La reconstrucción del materialismo histórico*, Taurus, Madrid. Ed. alemana: 1976.
- Kohlberg, L. (1972), «Análisis de los conceptos y actitudes infantiles relativos al papel sexual desde el punto de vista del desarrollo cognitivo», en E. Macoby, *Desarrollo de las diferencias sexuales*, Marova, Madrid. Ed. Inglesa, 1966.
- Laqueur, T. (1990), *Making sex. Body and gender from the greeks to Freud*, Harvard University Press. Ed. castellana, Cátedra, Madrid, 1994.
- Lorenzi-Cioldi, F. (1988), *Individus dominants et groupes dominés. Images masculines et féminines*, Pr. Universitaires de Grenoble.
- Lorite Mena, J. (1987), *El orden femenino. Origen de un simulacro cultural*, Barcelona, Anthropos.
- Sáez, C. (1993), «Socialización de género y psicopatología», en M.A. González de Chávez (comp.), *Cuerpo y subjetividad femenina. Salud y género*, Madrid, Siglo XXI.